

Capacitador Sermones edición septiembre CGI

(Sermones para octubre 2026)

<u>4 de octubre</u>	<u>1</u>
<u>11 de octubre</u>	<u>13</u>
<u>18 de octubre</u>	<u>26</u>
<u>25 de octubre</u>	<u>38</u>

● Sermón del 4 de octubre

Domingo 22 del Tiempo Ordinario

[INICIO](#)

En Mateo 21 , Jesús narra la historia de un terrateniente y sus arrendatarios, que representa la relación de Dios con Israel. Los arrendatarios perjudicaron a los enviados por el terrateniente. Jesús advierte que el Reino de Dios pertenece a los creyentes, destacando que Dios los valora y los invita a proclamar el amor y el mensaje de Jesús.

Recordatorio: El anterior párrafo introductorio tiene como finalidad mostrar cómo se conectan las cuatro lecturas del RCL para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está destinado a incluirse en el sermón.

Salmo 19:1-14 • Éxodo 20:1-4 , 7-9 , 12-20 • Filipenses 3:4b-14 •
Mateo 21:33-46

El tema de esta semana es **cómo Dios crea su comunidad del Reino**. En el Salmo 19, el autor alaba a Dios por sus perfectos y justos caminos, y le pide que lo guíe en sus senderos. En Éxodo 20, Dios da al pueblo de Israel diez mandamientos para guiarlo,

moldearlo y revelarle su presencia al comenzar su alianza con Él. En [Filipenses 3:4b-14](#), Pablo declara que sus logros terrenales no son nada comparados con lo que le fue dado en Jesús. En [Mateo 21:33-46](#), Jesús presenta una parábola que ilustra cómo se hereda el Reino.

Recordatorio: El anterior párrafo introductorio tiene como finalidad mostrar cómo se conectan las cuatro lecturas del RCL para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está destinado a incluirse en el sermón.

Dios crea su comunidad del Reino

[Éxodo 20:1-4](#), [7-9](#), [12-20](#) (NVI)

Por séptimo domingo consecutivo, acompañamos a los israelitas en su travesía por el desierto, escapando de la esclavitud en Egipto. Experimentaron pruebas que les enseñaron más sobre el Dios que los había liberado. En el pasaje analizado la semana pasada, los israelitas cambiaron de perspectiva y pusieron a prueba a Dios. Los desafíos de su viaje los llevaron a preguntarse si Dios estaba entre ellos. Dios les responde a través de su líder Moisés, confirmándoles que, en efecto, está con ellos. Tras esta prueba, Israel prosigue su viaje por el desierto y llega al monte Sinaí. Este es el lugar donde Dios habló por primera vez con su líder Moisés y le ordenó que sacara a su pueblo de Egipto. Por lo tanto, podríamos decir que es un lugar especial en la historia de la liberación de Israel. El monte Sinaí es el escenario del pasaje de hoy.

Cuando los israelitas llegan al monte Sinaí, Dios inicia una relación especial con el pueblo de Israel mediante un acuerdo llamado pacto. Envía a Moisés con un mensaje para el pueblo.

5 Si ahora ustedes me son del todo obedientes y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa . Éxodo 19:5-6

El pueblo responde que hará estas cosas. Entonces, Dios da instrucciones a Moisés para preparar al pueblo para un encuentro con Él. Moisés prepara al pueblo y Dios habla:

Los diez mandamientos

20 Dios habló y dio a conocer todas estas palabras:

2 «Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo.

3 »No tengas otros dioses además de mí.

4 No te hagas ninguna imagen, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra.

Éxodo 20:7-8

7 No uses el nombre del Señor tu Dios en vano. Yo, el Señor, no tendré por inocente a quien se atreva a usar mi nombre en vano.

8 Acuérdate del día sábado para santificarlo.

Éxodo 20:12-20

12 Honra a tu padre y a tu madre, para que disfrutes de una larga vida en la tierra que te da el Señor tu Dios.

13 No mates.

14 No cometas adulterio.

15 No robes.

16 No des falso testimonio en contra de tu prójimo.

17 No codicies la casa de tu prójimo, ni codicies su esposa, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca».

18 Ante ese espectáculo de truenos y relámpagos, de sonidos de trompeta y de la montaña envuelta en humo, los israelitas temblaban de miedo y se mantenían a distancia. 19 Así que suplicaron a Moisés:

—Háblanos tú y te escucharemos. Si Dios nos habla, seguramente moriremos.

20 —No tengan miedo —les respondió Moisés—. Dios ha venido a ponerlos a prueba, para que sientan temor de él y no pequen.

Éxodo 20:1-4 , 7-9 , 12-20

Estas instrucciones son conocidas por muchos como los Diez Mandamientos. Dios se las da a Israel como parte del establecimiento de un pacto —o acuerdo— con ellos. En cierto sentido, podríamos considerar los Diez Mandamientos como los términos del acuerdo para convertirse en la nación sacerdotal de Dios, para entrar en una relación especial con Él. Pero esto no significa que los Diez Mandamientos sean transaccionales o condicionales.

Una mejor analogía podría ser un acuerdo comunitario. ¿Alguna vez has formado parte de un equipo o grupo que crea un acuerdo comunitario? En pocas palabras, un acuerdo comunitario es una lista de compromisos que la comunidad asume entre sí para poder ser la comunidad que desea ser y lograr sus objetivos.

Otra analogía podrían ser los votos matrimoniales: compromisos que se adquieren al formalizar un acuerdo para establecer una relación especial.

Estas analogías son útiles porque a menudo los Diez Mandamientos tienen fama de ser un conjunto de reglas rígidas, impersonales y de cumplimiento estricto. En cambio, ¿qué pasaría si los entendiéramos como compromisos, una guía, una visión de lo que significa tener una relación especial con Dios? Así es como se ve vivir como pueblo de Dios. Y cuando no se vive como pueblo de Dios, hay consecuencias.

Recuerden que los israelitas se estaban formando en el desierto. Estaban aprendiendo quién era el Dios que los había liberado de Egipto. Es lógico que también necesitaran aprender lo que significa vivir en una relación especial, un pacto, con Dios. Estaban aprendiendo qué tipo de relación deseaba Dios con ellos. Estaban aprendiendo en quién los estaba formando Dios como su pueblo. Los israelitas habían pasado generaciones viviendo como una comunidad esclavizada. Ahora tenían que aprender a vivir como la nación sacerdotal de Dios. Desde esta perspectiva, podemos ver los Diez Mandamientos como una manera en que **Dios comenzó a crear la comunidad de su Reino.**

Analicemos con más detalle los Diez Mandamientos. ¿Qué tipo de comunidad del reino describen? ¿Y qué podría revelar esto sobre quién es Dios, en qué está formando a su pueblo y qué relación desea tener con él?

Ante todo, vemos que lo que significa ser el pueblo de Dios se fundamenta en quién es Dios. Dios comienza con una declaración, un recordatorio de quién es y cuál es su propósito para su pueblo. El carácter y las acciones de Dios son esenciales para moldear a su pueblo y crear una comunidad que refleje su esencia. Dios no es un Dios distante ni indiferente, sino un Dios que liberó a Israel de Egipto.

También consideramos la **forma** en que Dios presenta los diez mandamientos. Esta es la primera vez que Dios tiene un encuentro directo con todo el pueblo, no sólo con los líderes. Algunos eruditos bíblicos sugieren que este es el único encuentro directo entre Dios y el pueblo de Israel sin intermediario registrado en el Antiguo Testamento. ¿Qué tiene de tan importante esto para que Dios quisiera tener un encuentro directo? Quizás Dios quería que estas directrices sobre lo que significa ser su pueblo, el establecimiento del pacto, se dieran claramente dentro del contexto de la relación. Que aprender a ser moldeados por Dios, a ser obedientes a Dios, desde el principio, se fundamenta en quién es Dios y en la relación con Él. Crea una obediencia relacional, en lugar de arbitraria o puramente legalista.

En los Diez Mandamientos, vemos un tema claro: las relaciones, y la calidad de éstas, son importantes para la comunidad de Dios. Los tres primeros mandamientos se refieren a la relación entre las personas y Dios. El cuarto mandamiento se refiere a la

relación entre las personas y Dios, así como entre las personas y toda la creación. Los seis mandamientos restantes abordan las relaciones entre las personas. Todos los Diez Mandamientos tratan sobre las relaciones. La calidad de las relaciones es lo que distingue a la comunidad del reino de Dios de las comunidades creadas por el hombre.

En lugar de prescribir comportamientos específicos, estos diez mandamientos parecen definir los límites de la comunidad. Si bien nueve de ellos se presentan en forma negativa, «no harás», estas prohibiciones no constituyen una forma de control, sino de liberación. Definir los límites de la comunidad aporta claridad, y la claridad permite disfrutar de la libertad. En vez de enumerar cada comportamiento esperado dentro de la comunidad de Dios, los Diez Mandamientos definen los límites, lo que no sólo delimita lo que está prohibido para la comunidad, sino también dónde puede estar libremente.

Cabe destacar que los Diez Mandamientos no son lo que se denomina «jurisprudencia». La jurisprudencia se refiere a leyes específicas basadas en precedentes relevantes y procedimientos legales establecidos. Los mandamientos se fundamentan en el propósito de cultivar una relación de amor con Dios. Esto sugiere, además, que los Diez Mandamientos no son estáticos. Pueden interpretarse y reinterpretarse para la comunidad de Dios según la guía del Espíritu Santo.

Un ejemplo de esto lo encontramos en [Éxodo 20:21](#) – [Éxodo 23:33](#), donde se presentan casos prácticos. Estos casos prácticos sirven como interpretaciones específicas y contextualizadas de los diez mandamientos para el pueblo de Dios en ese momento y lugar concretos. Observamos que, a lo largo del Antiguo

Testamento y de la historia del pueblo de Dios, existen interpretaciones matizadas que se consideran apropiadas para el contexto.

Los Diez Mandamientos sirven para moldear la identidad, el carácter y las costumbres del pueblo de Dios. Israel necesitaba aprender lo que significa ser el pueblo de Dios, en su relación con Él y entre sí. Y Dios se acerca a ellos a través de los Diez Mandamientos para enseñarles. **Dios crea su comunidad del Reino.**

El pueblo se atemoriza por lo que experimenta durante este encuentro con Dios. Moisés los tranquiliza en el versículo 20 —**No tengan miedo —les respondió Moisés—. Dios ha venido a ponerlos a prueba, para que sientan temor de él y no pequen.** »

Al igual que en las pruebas anteriores en el desierto, esta parece ser una prueba que fortalece la relación con Dios. Es una prueba cuyo objetivo es el aprendizaje y la formación. No es una prueba de aprobar o reprobar, ni condicional donde la relación esté en juego. Es una oportunidad para conocer mejor a Dios, crecer en la relación con Él y ser moldeados por Él.

Y cuando nos tomamos un minuto para meditar en los Diez Mandamientos, ¿no suena como una comunidad increíble? Una comunidad donde vivimos en armonía con Dios y con los demás. Una comunidad donde no nos manipulamos ni abusamos unos de otros en nombre de Dios. Una comunidad donde no nos hacemos daño. Una comunidad donde nos preocupamos por el bienestar de los demás. Una comunidad donde descansamos y disfrutamos de la sacralidad de la creación de Dios. Una

comunidad sin asesinatos, sin traiciones, sin manipulación, sin ambiciones egoístas, sin desprecio por la dignidad. Esa sí que es la comunidad en la que queremos vivir.

Si seguimos el recorrido de Israel documentado en las Escrituras y reflexionamos sobre nuestra propia experiencia, descubrimos que este tipo de comunidad está muy lejos de nuestra realidad. A decir verdad, parece completamente imposible.

¡Gracias a Dios por Jesucristo!

Dios viene a nosotros, como uno de nosotros, en Jesucristo. Es un encuentro infinitamente más íntimo que el del Monte Sinaí. Una vez más, a través de su vida y sus enseñanzas, nos da una visión de lo que significa ser el pueblo de Dios. Solo que esta vez, Jesús cumple esta visión, viviendo en perfecta comunión con su Padre y con los demás. Y lo hace en nombre de toda la humanidad. Al hacerlo, cumple los Diez Mandamientos, permaneciendo fiel a los compromisos de la humanidad con Dios. Él vive lo que significa ser miembro de la comunidad del reino de Dios. En Jesucristo, **Dios crea su comunidad del reino** en la tierra.

Jesús no solo vive como un miembro humano de la comunidad del reino de Dios en esta tierra, sino que también muere como un ser humano y resucita en un cuerpo humano glorificado. Al resucitar, lo hace en favor de toda la humanidad, integrándonos a su nueva humanidad redimida. Luego, nos lleva con él en su ascensión para estar con Dios Padre. En Jesús, nos vemos inmersos en su perfecta relación con Dios Padre y el Espíritu Santo. Nos vemos atraídos a experimentar la comunidad del reino de Dios, incluso en esta vida.

En Jesús, se establece una nueva relación especial, o pacto, entre Dios y su pueblo. Este pacto deja obsoleto el anterior y se extiende más allá de Israel como representante de la humanidad. Incluye a toda la humanidad en Jesucristo. Este pacto también se perfecciona en Jesucristo. En Jesús, el pacto se cumple en ambos sentidos: de Dios a la humanidad y de la humanidad a Dios.

Dios está creando su reino en Jesús por medio del Espíritu Santo, incluso ahora. Y, al igual que los israelitas en el monte Sinaí, tenemos la gran alegría y el privilegio de participar en la creación de su reino. Podemos sentirnos animados a transitar por el mundo de una manera que refleje el reino de Dios, porque confiamos en que en Jesús toda la humanidad ha sido integrada a un reino completo e íntegro.

Podemos hacerlo con seguridad, sabiendo que el establecimiento del reino de Dios no depende de nuestras capacidades ni de nuestra voluntad, sino que se completa en Jesús. Y se hace realidad en nosotros por medio del Espíritu Santo.

Es en esta confianza que somos libres de vivir como miembros de la comunidad del reino de Dios. Podemos vivir como aquellos que adoran solo a Dios y rechazan las tentaciones de adorar el egoísmo, a los líderes, a la ideología, a la riqueza, a los logros, a los elogios y a otras cosas. Podemos vivir como aquellos que valoran la dignidad de cada ser humano y toman decisiones que defienden la dignidad de la humanidad.

Podemos negarnos a aprovecharnos, manipular, oprimir y utilizar a las personas para nuestro propio beneficio. Podemos negarnos a tratarlas como objetos. Podemos negarnos a participar en el chisme. Podemos elegir ser generosos, compasivos y amables. Podemos tomar decisiones que apoyen a nuestros vecinos para que tengan una vida plena. Podemos negarnos a actuar con egoísmo, ambición, violencia o corrupción en nombre de Dios. Podemos comprometernos con ritmos de paz y descanso para nosotros mismos, nuestro prójimo, la creación e incluso nuestro enemigo.

Vivir de esta manera refleja la relación especial que Jesús ha establecido con toda la humanidad. Nos da testimonio, a nosotros y al mundo entero, de la persona que Dios nos está formando y de la relación que desea tener con nosotros. Al participar en la obra de Dios de crear su reino en medio de nosotros, proclamamos la clase de comunidad que Dios ha establecido para que la disfrutemos con él y entre nosotros para siempre.

Dios está creando su comunidad del reino, y en Jesucristo, pertenecemos. Alegrémonos de esta hermosa relación con Dios y entre nosotros.

Profundizando:

Éxodo 34:28 dice: «**28 Y Moisés se quedó en el monte con el Señor cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber nada. Allí, en las tablas, escribió los términos del pacto, es decir, los diez mandamientos.**».

Esto es fundamental para lo que aplica hoy y lo que no. Diez Mandamientos en hebreo significa «diez palabras». Son la esencia del pacto hecho con Israel. Ellos, como todos nosotros, eran incapaces de cumplir la ley. Jesús la cumplió perfectamente por nosotros.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ● ¿Cómo ha sido tu relación con los Diez Mandamientos? ¿El sermón te hizo replantearte tu postura?
2. ● ¿En qué se diferencia la comunidad que Dios crea a través de los Diez Mandamientos de las comunidades de las que has formado parte?
3. ● ¿Qué se siente al saber que perteneces a la comunidad del reino de Dios, no porque te lo hayas ganado, sino por lo que Jesús ha hecho por ti?
4. ● ¿Cómo te invita el Espíritu Santo a participar en la comunidad del reino de Dios en esta tierra hoy? ¿Y en el próximo mes?

INICIO

● Sermón del 11 de octubre Domingo 23

INICIO

El año pasado adopté dos cachorros de golden retriever: Bumi y Zuko. Una de las cosas más entrañables que hacen es recibirme con gran entusiasmo cuando llego a casa. Corren hacia mí moviendo la cola y luego salen disparados a buscar juguetes para traérmelos. A veces incluso les permito ser un poco traviesos y saltar sobre mí debido a la emoción.

Sin embargo, en contraste con esas cálidas bienvenidas, les costaba mucho quedarse solos cuando yo me iba; durante meses, a veces ladraban hasta diez minutos después de mi partida antes de calmarse. Bumi incluso empezaba a gemir y ladrar si yo pasaba a otra habitación; se ponían ansiosos cuando no podían verme. Les llevó tiempo aprender que yo siempre regresaría y que jamás los abandonaría.

En el libro del Éxodo hay un relato en el que Moisés sube al monte Horeb para reunirse con Dios. A los israelitas les parece que Moisés se está tomando demasiado tiempo, por lo que empiezan a inquietarse. Quizás le haya pasado algo, se preguntaban.

Salmo 106:1-6 , 19-23 • Éxodo 32:1-14 • Isaías 25:1-9 • Mateo 22:1-14

El tema de esta semana es que **Dios es más grande que nuestras limitaciones humanas**. En el Salmo 106 , el salmista alaba a Dios y reconoce los pecados presentes y pasados del

pueblo contra Él. En [Éxodo 32:1-14](#) , los israelitas se inquietan y hacen un becerro de oro para adorarlo como dios, evidenciando su incumplimiento del pacto con Dios.

En Isaías 25 , el profeta alaba a Dios por su grandeza y fidelidad. Habla de cómo Dios ha sido un refugio y del día en que triunfará en sus propósitos. Y el pueblo lo alabará diciendo: «Este es el Dios que hemos esperado». Mateo 22 incluye la parábola de un rey que invita a sus invitados a un banquete de bodas, pero muchos rechazan la invitación o intentan entrar por su cuenta. El reino y la invitación de Dios no pueden ser controlados, minimizados ni modificados por suposiciones humanas. Dios es más grande que nuestras limitaciones, y estamos llamados a recibirlo cuando se revela.

Recordatorio: El anterior párrafo introductorio tiene como finalidad mostrar cómo se conectan las cuatro lecturas del RCL para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está destinado a incluirse en el sermón.

Dios es más grande que nuestras limitaciones humanas.

[Éxodo 32:1-14](#) **NVI**

La semana pasada exploramos el pacto que Dios estableció con el pueblo de Israel. Después de que Dios entregó los Diez Mandamientos, Moisés fue llamado al monte para recibir instrucciones divinas sobre la construcción del tabernáculo y la forma de adorar a Dios. El tabernáculo sería el lugar donde la presencia de Dios moraría con Israel.

Dios proporcionó instrucciones muy específicas sobre cómo debía construirse el tabernáculo y cómo debía llevarse a cabo el culto en él. Moisés pasó cuarenta días y cuarenta noches recibiendo instrucciones de Dios, y el pueblo se inquietó. Es en esta situación donde nos encontramos en el pasaje de hoy:

El becerro de oro

32 Al ver los israelitas que Moisés tardaba en bajar del monte, fueron a reunirse con Aarón y le dijeron:

—Tienes que hacernos dioses que marchen al frente de nosotros, porque a ese Moisés que nos sacó de Egipto, ¿no sabemos qué pudo haberle pasado!

2 Aarón respondió:

—Quítenles los aretes de oro a sus mujeres, a su hijos e hijas, y tráiganmelos.

3 Todos los israelitas se quitaron los aretes de oro que llevaban puestos y se los llevaron a Aarón, 4 quien los recibió y los fundió; luego cinceló el oro fundido e hizo un ídolo en forma de becerro. Entonces exclamó el pueblo: «Israel, ¡aquí tienes a tus dioses que te sacaron de Egipto!».

5 Cuando Aarón vio esto, construyó un altar enfrente del becerro y anunció:

—Mañana haremos fiesta en honor del Señor.

6 En efecto, al día siguiente los israelitas madrugaron y presentaron holocaustos y sacrificios de comunión. Luego el pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó para entregarse al desenfreno. 7 Entonces el Señor dijo a Moisés:

—Baja, porque ya se ha corrompido el pueblo que sacaste de Egipto. 8 Demasiado pronto se han apartado del camino que les

ordené seguir, pues no solo han fundido oro y se han hecho un ídolo en forma de becerro, sino que se han postrado ante él, le han ofrecido sacrificios y han declarado: “Israel, ¡aquí tienes a tus dioses que te sacaron de Egipto!”.

9 »Ya me he dado cuenta de que este es un pueblo terco —añadió el Señor, dirigiéndose a Moisés—. 10 Tú no te metas. Yo voy a descargar mi ira sobre ellos y los voy a destruir. Pero de ti haré una gran nación».

11 Moisés buscó el favor del Señor su Dios y le suplicó: —Señor, ¿por qué ha de encenderse tu ira contra este pueblo tuyo, que sacaste de Egipto con gran poder y con mano poderosa? 12 ¿Por qué dar pie a que los egipcios digan que nos sacaste de su país con la intención de matarnos en las montañas y borrarlos de la faz de la tierra? ¡Calma el ardor de tu ira! ¡Aplácate y no traigas sobre tu pueblo esa desgracia! 13 Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac e Israel.

Tú mismo prometiste que harías a sus descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo; tú prometiste que darías a sus descendientes toda esta tierra como su herencia eterna.

14 Entonces el Señor se calmó y desistió de hacer a su pueblo el daño que había sentenciado. **Éxodo 32:1-14 NVI**

El pueblo se inquietó. No sabían por qué Moisés había estado ausente tanto tiempo. Así que le pidieron a Aarón que les hiciera ídolos para que fueran delante de ellos. Aarón era hermano de Moisés y su compañero en el liderazgo. Había sido dejado al cuidado del pueblo mientras Moisés estaba en la montaña recibiendo instrucciones de Dios. Los israelitas apenas habían recibido los Diez Mandamientos de parte de Dios hacía menos de dos meses. Sin embargo, allí estaban, pidiéndole a Aarón que les hiciera imágenes de dioses, una clara violación del segundo mandamiento.

Desde nuestra perspectiva, puede parecer fácil criticar al pueblo de Israel o a Aarón. ¿Cómo pudieron desobedecer tan rápidamente el mandato de Dios? ¿Acaso Dios no les había demostrado su confianza suficientes veces? ¿Por qué Aarón accedió a sus demandas? Después de todo, él era el responsable de guiar y cuidar del pueblo. Y aquí está, permitiendo que el pueblo se conduzca a su propia destrucción.

Sinceramente, probablemente podamos comprender a la gente y a Aarón hasta cierto punto. Seguramente también nos habríamos sentido inquietos. Imagínate en su lugar. Estás ahí, en este difícil viaje, guiado por este Dios al que apenas estás

conociendo y por su líder elegido, Moisés, un hombre con el que no tienes ninguna relación previa.

Han ocurrido milagros que han hecho posible este viaje hasta ahora, y sin embargo, aún hay mucho por descubrir. Y ahora, tu líder, Moisés, lleva mucho tiempo ausente, y no tienes ni idea de lo que esto significa. Nunca antes te habías encontrado en una situación así.

En esa situación, la mayoría buscaría consuelo y tranquilidad. Cabe preguntarse si eso fue lo que intentaron hacer los israelitas. ¿Buscaban acaso una forma de comprender su situación? Estaban acostumbrados a las imágenes, a los ídolos, que podían ver, tocar y adorar físicamente. Recurrieron a lo familiar para dar sentido a su situación. El problema era que lo familiar ya no era lo que les correspondía.

A primera vista, un lector actual podría pensar que los israelitas intentaban adorar a una deidad completamente distinta. Da la impresión de que abandonaron al Dios que los había liberado de Egipto y le atribuían el mérito a otro dios falso. Sin embargo, si analizamos la imagen con más detenimiento, es probable que pretendieron que fuera una representación física de Dios, no la creación de un nuevo dios.

Primero, la palabra traducida como «dioses» en el versículo 1 es «Elohim», que en el idioma original puede significar «dioses» en plural y general, o Dios en singular, como en «este Dios». Luego preguntan: «¿Quién irá delante de nosotros?», lo cual se usa para describir la actividad del mensajero de Dios que ha estado guiando a los israelitas en una columna de nube de día y de noche. Parece que le piden a Aarón que les dé algo concreto que

pueda ser el recipiente o la representación de Dios en medio de ellos.

Aarón anuncia entonces que al día siguiente se celebrará un banquete en honor del Señor. Parece que los israelitas no pretenden apartarse de Dios. No buscan adorar a nadie más. Buscan una manera de relacionarse con Dios que puedan comprender, que puedan asimilar, que les resulte reconfortante en estos tiempos difíciles.

Así pues, si bien es posible que el becerro fuera una imagen de otra deidad, es probable que fuera una representación física de Dios: ese Dios que los había sacado de Egipto. Ese Dios del que poco a poco iban conociendo. Ese Dios con el que acababan de encontrarse. Y ese Dios al que esperaban, y esperaban más de lo que habían previsto.

Podríamos pensar que se trata de una ofensa menos grave. Al menos, la gente tenía la intención de adorar a Dios y no abandonarlo por otro dios falso. Sin embargo, lo que vemos es que Dios se ha sentido profundamente ofendido por esta acción. Recordemos que hablamos de los Diez Mandamientos como una guía formativa sobre lo que significa ser el pueblo de Dios, no como un conjunto de reglas restrictivas. Por lo tanto, podemos suponer que no se trata simplemente de quebrantar el mandamiento en sí mismo, sino de lo que *significa* quebrantarlo. La adoración del becerro de oro como si fuera Dios revela una profunda incompreensión de Dios y una desconexión en la relación con Él.

Una imagen, o un ídolo, no puede ser creada ni adorada como Dios porque niega algo esencial de la esencia misma de Dios. Un ídolo es inerte, estático, hecho por manos humanas. Dios es vivo, dinámico e indefinido por la humanidad. ¡Adorar una estatua de un becerro de oro como si fuera Dios es ridículo! Y creer que eso es posible es una imagen distorsionada de Dios.

En su esencia misma, Dios es relación. Es Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo en perfecta comunión. Reducir a Dios a una simple estatua inerte y adorarla como una representación legítima de Dios revela una profunda ignorancia. Al adorar el becerro de oro, las personas intentan encajar a Dios dentro de su limitado conocimiento, experiencia o incluso comodidad. Gracias a Dios, Él es **más grande que las limitaciones humanas**.

Mientras Dios se ocupaba de dar instrucciones a Moisés sobre cómo construir el tabernáculo para albergar su presencia y cómo adorar en ella, el pueblo tomó el asunto en sus propias manos. Crearon la «presencia» de Dios por su cuenta, utilizando los mismos materiales que Dios había destinado para la construcción del tabernáculo. Construyeron un altar, celebraron una fiesta y presentaron ofrendas. Decidieron relacionarse con Dios y adarlo *según sus propios términos*.

El pueblo tomó lo que debía recibir de Dios e intentó moldearlo por sí mismo.

Esto refleja una desconexión en la relación entre Israel y Dios. Israel aún no se había preparado para confiar en Dios, y decidió seguir adelante por su cuenta, basándose en su propio entendimiento y fuerza. Dios es un ser vivo y relacional, por lo

que también experimenta los efectos de esta distorsión relacional. Dios le describe a Moisés al pueblo de Israel como “tu pueblo”, reflejando un sentimiento de desconexión. Recordemos que los Diez Mandamientos se centran en la relación. La violación de este segundo mandamiento es una violación de la relación. Es una distorsión de la relación que Dios pretendía tener con su pueblo. Impuso la lógica y el designio humano a Dios y a su relación con él.

Aun así, Dios sigue decidido a cumplir sus buenos propósitos para con su pueblo. **Dios es más grande que las limitaciones humanas.** Quizás deba empezar de nuevo con un pueblo menos obstinado. Pero vemos que Moisés interviene en favor de los israelitas y le recalca a Dios que, en efecto, son su pueblo. Apela al carácter, la promesa y el propósito de Dios para pedirle que continúe trabajando con este pueblo testarudo. Moisés no intenta defender su postura argumentando las capacidades de los israelitas. Argumenta que Dios debe seguir trabajando pacientemente con ellos porque Dios es fiel. Y Dios está de acuerdo.

En su aparente disposición a cambiar de parecer durante este diálogo con Moisés, Dios revela lo inmutable de sí mismo. Su plan de restauración y reparación, para cumplir los buenos propósitos para su pueblo, es inmutable. Su bondad de carácter y fidelidad a su promesa son inalterables. Si bien su camino hacia este objetivo pudo haber sido cambiante, vemos que el carácter y los propósitos de Dios permanecen firmes.

Tal vez te identifiques con los israelitas. ¿Alguna vez sientes que esperas a Dios durante mucho tiempo sin obtener respuesta? A

veces no entendemos qué está pasando, qué quiere Dios de nosotros o cómo actuar en un momento determinado. A veces no sabemos cuál es la mejor manera de honrarlo y adorarlo en una situación.

En esos momentos, podemos llegar a ser como el pueblo de Israel adorando un becerro de oro. Tomamos las riendas. Decidimos por nosotros mismos cómo debe manifestarse en nuestras vidas. Tomamos decisiones sobre cómo queremos que sea su presencia. Lo adoramos según nuestros propios deseos, no según los suyos. Lo minimizamos, negamos algo esencial de él, para que encaje en nuestra pequeña caja.

Nos encontramos creando una imagen de Dios que nos resulta cómoda, que podemos comprender, que nos parece manejable. Tomamos a este Dios grande, asombroso, vivo y dinámico y lo reducimos a una pequeña imagen que podemos controlar. Pero el problema es que una imagen hecha por manos humanas jamás podrá revelarnos ni representar quién es Dios.

¿Qué hacemos entonces cuando nos sentimos perdidos, confundidos, esperando sin respuestas? ¿Cuando sentimos la necesidad de que Dios esté presente de una manera más tangible? ¿Cuando anhelamos desesperadamente relacionarnos con Dios de una forma familiar y reconfortante? ¿Cuando deseamos que Dios se limite a nuestras limitaciones humanas? Miramos a Jesús. Jesús es la imagen de Dios.

En [Colosenses 1:15](#) , un líder de la iglesia primitiva, el apóstol Pablo, escribe: «El Hijo es la imagen del Dios invisible, el

primogénito de toda la creación» (NVI). [Véase también [Juan 14:8-10](#)].

A diferencia de un becerro de oro, él está vivo, vive en comunión con la Divinidad, es dinámico e incontenible. Dios no podía ser representado en algo hecho por manos humanas. Vino a nosotros en la forma de nuestra humanidad viva y palpitante. Una humanidad que él mismo creó.

¿Y la diferencia? La imagen de Dios vivió entre nosotros, en relación con nosotros. Jesús vivió la experiencia humana en su totalidad. Nació como humano, vivió una vida humana, murió como humano, resucitó en un cuerpo humano nuevo y glorificado, y fue llevado a la diestra del Padre en su cuerpo humano glorificado para esperarnos a todos. ¿Qué nos resulta más familiar que nuestra propia humanidad? ¿Qué es más comprensible que la experiencia humana? ¿Qué nos reconforta más que un Dios que sabe lo que es ser humano? Un becerro de oro no sabe lo que es ser humano.

Jesús no sólo es plenamente Dios y plenamente hombre, sino que vivió su vida de forma vicaria, es decir, en nombre de toda la humanidad. No solo fue la imagen perfecta de Dios para nosotros, sino también la respuesta perfecta de la humanidad a Dios. Vivió como un ser humano fiel a Dios. Y lo hizo en nombre de toda la humanidad, cumpliendo así la parte que le corresponde a la humanidad en el pacto entre Dios y el hombre. Un becerro de oro no puede hacer eso.

Jesús, como imagen de Dios, es el libertador supremo. Él libera a toda la humanidad del Egipto metafórico, liberándola de la

esclavitud del pecado y la fragilidad. Nos libera para que seamos una humanidad redimida, una comunidad del reino restaurada y una relación sólida y dinámica con Dios. Jesús, en su vida, muerte, resurrección y ascensión, libera a toda la humanidad de Egipto. Un becerro de oro no puede lograrlo.

De muchas maneras, el pueblo de Dios lo ha malinterpretado, ha intentado encasillarlo, ha sido incapaz de recibir de él y de serle fiel. Pero **Dios es más grande que las limitaciones humanas**. Él permanece fiel a su esencia y a sus buenos propósitos. ¡Qué buena noticia! Porque qué trágico sería que este Dios se viera reducido a un becerro de oro, o a nuestras pequeñas imágenes e interpretaciones, limitado por nuestras decisiones. Gracias a Dios que no se deja definir ni contener por las limitaciones humanas. Él es quien es, más allá de la creación de manos o imaginación humanas.

Los israelitas, al hacer el becerro de oro, y nosotros, en un millón de otras formas, buscábamos a Dios. Intentábamos comprenderlo y crear una imagen de Él que tuviera sentido para ellos. En Jesús, Dios comprende a la humanidad, revelándose plenamente a través de su propia revelación. En Jesús, Dios demuestra ser más grande que las limitaciones humanas, extendiéndose más allá de nuestra comprensión limitada hacia nuestra propia humanidad. En Jesús, Dios es más grande que las limitaciones humanas, perfeccionando la respuesta y la adoración a Dios que no podríamos realizar por nosotros mismos. E incluso ahora, Dios es más grande que las limitaciones humanas, al habernos dado su Espíritu. Él derrama su Espíritu Santo sobre nosotros, quien a su vez nos guía a comprender plenamente quién es Dios y quiénes somos nosotros.

En momentos de confusión, en momentos de fracaso, en momentos en que malinterpretamos y tergiversamos a Dios, podemos acudir con confianza a Jesús. Él es la imagen perfecta del Dios vivo. Y podemos confiar en que **Dios es más grande que nuestras limitaciones humanas.**

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ● ¿En qué aspectos te gustaría que Dios fuera más comprensible, manejable o predecible?
2. ● ¿Qué “becerros de oro” creamos cuando intentamos relacionarnos con Dios según nuestros propios términos?
3. ● ¿Cómo revela Jesús a Dios de una manera que nuestras propias ideas o imágenes jamás podrían?
4. ● ¿Qué te ayuda a confiar en Dios cuando su presencia o su momento no se presentan como esperabas?

INICIO

Domingo 24

“The Main Ingredient” era un grupo con una canción popular llamada “Everybody Plays the Fool” [Todo el mundo se hace el tonto]. Es una canción sobre cómo todos podemos hacer cosas tontas a veces. Pero Jesucristo es diferente. Él fue sabio cuando intentaron engañarlo. Jesús nos muestra que podemos elegir seguir las trampas del mundo o seguir a Dios. Esta historia nos recuerda que, incluso cuando nos sentimos engañados, podemos confiar en que Jesús hará que las cosas mejoren y sean verdaderas.

[Salmo 99:1-9](#) • [Éxodo 33:12-23](#) • [1 Tesalonicenses 1:1-10](#) • [Mateo 22:15-22](#)

El tema de esta semana es **Dios está con nosotros** . En el Salmo 99 , el salmista alaba a Dios e instruye a quienes escuchan el salmo a adorarlo. El salmista recuerda las maneras en que Dios ha estado con su pueblo a lo largo de la historia. En Éxodo 33:12-23 , Moisés recibe la seguridad de Dios de que su presencia los acompañará durante el resto de su viaje por el desierto, y Dios le revela a Moisés la bondad que se encuentra en su presencia. En 1 Tesalonicenses 1:1-10, Pablo habla del Espíritu Santo presente y el papel del Espíritu Santo en la formación del pueblo de Dios. En Mateo 22:15-22 , Jesús responde a quienes malinterpretan su presencia e intentan atraparlo en sus propias enseñanzas.

Recordatorio: El anterior párrafo introductorio tiene como finalidad mostrar cómo se conectan las cuatro lecturas del RCL para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está destinado a incluirse en el sermón.

Dios está con nosotros

Éxodo 33:12-23 (NVI)

La semana pasada leímos sobre cómo los israelitas crearon un becerro de oro para adorarlo mientras Moisés estaba ausente hablando con Dios. Probablemente el becerro era para los israelitas como una forma de relacionarse con Dios de una manera más cercana, pero este ídolo no podía representarlo.

Era inerte, creado por manos humanas e incapaz de establecer una relación. Hacer esto no solo violó uno de los mandamientos que acababan de recibir de Dios, sino que también reflejó una profunda incompreensión sobre quién es Dios. Dios está vivo y es dinámico. Es relacional por naturaleza, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, en una relación como un solo Dios trino. Dios desea tener una relación con su pueblo. Él no puede ser contenido ni moldeado para encajar en los esquemas de comprensión humana.

Dios está disgustado por lo que su pueblo ha hecho. Permanecerá fiel a su pueblo, pero le informa a Moisés que enviará a su ángel con ellos durante el resto del viaje, en lugar

de acompañarlos él mismo como estaba previsto. Sin embargo, Moisés no está satisfecho con esta solución. Quiere tener la seguridad de que Dios los acompañará.

12 Moisés dijo al Señor:

—Tú insistes en que yo debo guiar a este pueblo, pero no me has dicho a quién enviarás conmigo. También me has dicho que te conozco por nombre y que cuento con tu favor. 13 Pues si realmente es así, dime cuáles son tus caminos. Así sabré que en verdad cuento con tu favor. Ten presente que los israelitas son tu pueblo.

14 —Yo mismo iré contigo y te daré descanso —respondió el Señor.

15 —O vas con todos nosotros —respondió Moisés—, o mejor no nos hagas salir de aquí. 16 Si no vienes con nosotros, ¿cómo vamos a saber, tu pueblo y yo, que contamos con tu favor? ¿En qué seríamos diferentes de los demás pueblos de la tierra?

17 —Está bien, haré lo que me pides —dijo el Señor a Moisés—, pues cuentas con mi favor y te conozco por nombre.

18 —Déjame ver tu gloria —insistió Moisés.

19 Y el Señor respondió:

—Voy a darte pruebas de mi bondad y te daré a conocer mi nombre. Tendré misericordia de quien quiera tenerla y seré compasivo con quien quiera serlo. 20 Pero debo aclararte que no podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir con vida.

21 »Cerca de mí hay un lugar sobre una roca —añadió el Señor—. Puedes quedarte allí. 22 Cuando yo pase en toda mi gloria, te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano,

hasta que haya pasado. 23 Luego retiraré la mano y podrás verme la espalda. Pero mi rostro nadie lo verá».

Éxodo 33:12-23 NVI

Moisés insta a Dios a confiar en que Él realmente los acompañará. Con cada petición, busca una mayor seguridad del compromiso divino. Primero, Moisés apela al favor que ha hallado ante Dios y le pide que le enseñe sus caminos, que le muestre qué hacer, para que pueda guiar bien al pueblo y seguir gozando de ese favor.

Dios confirma que irá con Moisés y le dará descanso. Pero esto no basta para Moisés. Quiere saber que Dios no solo estará con él, sino también con el pueblo. Por eso, su siguiente petición se extiende a todo el pueblo. ¿Cómo se puede distinguir al pueblo como pueblo de Dios si su presencia no está con ellos?

La petición de Moisés es audaz, pero no está desconectada de lo que Dios ya había revelado sobre sí mismo durante el viaje de Israel. Dios ha demostrado su deseo de estar con su pueblo. Ha revelado que es relacional, y que la relación es fundamental para comprender lo que significa ser su pueblo.

También ha mostrado que los intentos de hacer que Dios sea manejable —intentos que disminuyen su naturaleza dinámica y viva, así como la relación que inicia con su pueblo— son graves transgresiones. En otras palabras, Dios mismo ha estado enseñando a Moisés y al pueblo que su presencia es lo que los identifica como suyos.

Así pues, Moisés es valiente, pero no argumenta basándose en el mero entendimiento humano ni en preferencias personales. Fundamenta sus peticiones en el carácter de Dios, tal como se manifiesta en sus palabras y acciones pasadas. Moisés le recuerda a Dios sus actos de salvación anteriores. Habla desde la perspectiva divina, y por ello, se niega a actuar de otra manera.

Y Dios responde: irá con el pueblo, tal como Moisés lo pidió. Entonces Moisés va aún más allá. Quizás parezca demasiado osado: Moisés pide ver la gloria de Dios. Después de suplicar la presencia de Dios, ¿por qué ahora pide ver su gloria?

A lo largo de esta conversación, Moisés ha estado implorando que Dios acompañe a Israel, pues la presencia de Dios es lo que distingue a Israel de todas las demás naciones. Pero ahora que Dios ha prometido acompañarlos, Moisés pide algo más: «Muéstrame tu gloria».

No se trata de una petición de un espectáculo para satisfacer su curiosidad. Moisés anhela la más profunda certeza posible de que el Dios que promete acompañarlos realmente está con ellos. Es casi como si Moisés dijera: «Has prometido ir con nosotros. Permíteme conocerte más a fondo. Déjame ver quién eres en realidad » .

La respuesta de Dios es extraordinaria.

Moisés pide ver **la gloria** de Dios , pero Dios responde: “Haré que **toda mi bondad** pase delante de ti”.

Dios no ignora la petición de Moisés. La define. La gloria de Dios no es simplemente un brillo abrumador o un poder aterrador. Su

gloria es la expresión visible de quién es realmente. Cuando Dios revela su gloria, revela su bondad. Da a conocer su carácter. Una vez más, vemos el deseo de Dios de ser conocido. Dios no está interesado simplemente en convencer a Moisés de su existencia ni en demostrar su poder.

Quiere que Moisés lo conozca personalmente. Una cosa es presenciar el poder de Dios; otra muy distinta es conocer su corazón.

Dios le dice a Moisés que proclamará su nombre al pasar. En el mundo antiguo, un nombre representaba el carácter y la identidad de una persona. Dios revela no solo su presencia, sino también qué clase de Dios es.

Dios declara: “19 Y el Señor respondió:

—Voy a darte pruebas de mi bondad y te daré a conocer mi nombre. Tendré misericordia de quien quiera tenerla y seré compasivo con quien quiera serlo.” ([Éxodo 33:19 NVI](#)).

Luego, en el siguiente capítulo, Dios dice:

5 El Señor descendió en la nube y se puso junto a Moisés. Luego le dio a conocer su nombre: 6 pasando delante de él, proclamó:—El Señor, el Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento para la ira y grande en amor y fidelidad,
[Éxodo 34:5-6](#)

Cuando Dios tiene la oportunidad de manifestarse, lo hace con misericordia, compasión, gracia, paciencia, amor inquebrantable y fidelidad. Su gloria se revela a través de la belleza de su carácter. La misericordia, por su propia naturaleza, no se puede ganar; emana de la bondad de Dios.

En cierto modo, Moisés pide: «Déjame ver tu gloria», y Dios responde: «Te mostraré quién soy». Esta es la seguridad que Moisés realmente necesita.

La presencia de Dios jamás puede separarse de su carácter. La promesa de que Dios acompañará a Israel es digna de confianza precisamente por quién es Dios. No abandonará a su pueblo porque es fiel. No lo destruirá porque es misericordioso. Su presencia es una expresión de su carácter.

Esta misma conexión entre presencia y carácter se ha ido desarrollando a lo largo del recorrido de Israel por el desierto. Una y otra vez, el pueblo se pregunta si Dios está realmente con ellos porque malinterpretan quién es. Más tarde, mientras esperan a Moisés, construyen el becerro de oro porque desean un dios que puedan ver y controlar. Confunden la aparente ausencia de Dios con abandono e intentan crear una presencia que puedan manejar.

Su problema no radica simplemente en que malinterpretan la presencia de Dios, sino en que malinterpretan su carácter. Aquí, Dios comienza a sanar ese malentendido uniendo a ambos. Moisés pide ver a Dios, y Dios le revela tanto su presencia como su carácter. El Dios que está con Israel es aquel cuya bondad, misericordia y amor inquebrantable definen todo lo que hace. Dios permite que Moisés experimente su gloria en la medida en que un ser humano puede soportarla.

Moisés no puede ver el rostro de Dios y vivir, así que Dios mismo lo protege. Lo coloca en la hendidura de la roca, lo cubre con su mano y deja que su bondad pase de largo.

Incluso al revelar su gloria, Dios actúa conforme a su carácter. El Dios cuya gloria Moisés anhela contemplar ya la está manifestando en su misericordia, cuidado y protección bondadosa.

Al igual que el pueblo de Israel que viajaba por el desierto, podemos encontrarnos haciéndonos las mismas preguntas: Dios, ¿estás con nosotros? Dios, ¿eres bueno? Si estás aquí, ¿por qué suceden estas cosas terribles? ¿Cómo puedo ser quien quieres que sea si no me acompañas? ¿Es seguro estar en tu presencia? ¿Por qué no puedes estar presente de una manera que me resulte más comprensible o manejable?

Jesucristo es la respuesta completa a estas preguntas sobre la presencia de Dios y el carácter de Dios.

Jesús es nuestra mayor garantía de que **Dios está con nosotros**. Juan, discípulo de Jesús, escribe en su Evangelio sobre la vida de Jesús:

El Verbo se hizo hombre

**1 En el principio ya existía el Verbo,
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.**

2 Él estaba con Dios en el principio. Juan 1:1-2 ; 14 NVI

Jesús es Dios con nosotros. No en un sentido abstracto. Jesús es Dios con nosotros encarnado. Jesús es Dios con nosotros, tan cercano como nuestra propia humanidad, nuestra misma respiración. En Jesús, la presencia de Dios se ha unido a la humanidad. Y hemos visto su gloria.

Esto no es como Moisés en la hendidura de una montaña, protegido por la mano de Dios, pudiendo ver solo su espalda. En Jesús, Dios responde de una vez por todas no solo a la pregunta de su presencia, sino también a la de su carácter. Hemos visto su gloria cara a cara en Jesucristo. Jesús ha revelado a Dios plenamente, en su completa autorrevelación.

En Jesús, Dios habita la plenitud de la experiencia humana. Muere como un hombre y resucita en un cuerpo humano glorificado. Se sienta a la diestra de Dios Padre. La presencia de Dios está innegablemente ligada a la humanidad, y es algo irreversible. Jesús no puede abandonarnos, del mismo modo que no puede abandonarse a sí mismo. Ha vinculado para siempre su presencia, su propia vida, a la humanidad.

Dios no solo se hace presente en Jesús, sino que también se hace presente con nuestra humanidad al participar en su perfecta relación con Dios Padre y el Espíritu Santo. Nos introduce en la presencia del Dios trino. Nos trae a Dios y a nosotros a Dios. Él es el sí y el amén en nombre de toda la humanidad a la invitación a acercarse a Dios. La humanidad ya no retrocederá con temor ante la invitación de Dios a acercarse, como lo hizo la gente en el monte Sinaí. Ya hemos sido atraídos a Dios en Jesucristo.

Y él envía al Espíritu Santo para guiarnos y habitar en nosotros. Nos ha elegido para ser su morada. Ya no seremos un tabernáculo construido por manos humanas, ni siquiera bajo la dirección de Dios. Él habitará en su pueblo.

La certeza de la presencia de Dios en Jesús nos brinda una perspectiva para ver el mundo entero. En Jesús, Dios se ha

hecho presente para todas las personas. Esto transforma nuestra manera de ver y relacionarnos con los demás. Dios está con cada persona con la que interactuamos. Jesús ha traído a cada persona a la presencia del Dios trino. Independientemente de nuestra propia valoración de una persona o su situación, sabemos que Dios está con ella.

En Jesús, toda situación de quebranto y desesperación se presenta ante Dios. Gracias a Jesús, ninguna duda, ningún rechazo, ningún malentendido, ningún error, ningún pecado puede separarnos de la presencia de Dios. Esto nos invita a una cosmovisión y a una forma de relacionarnos con los demás impregnada de la vida dinámica y la esperanza de Jesús.

Cuando atravesamos momentos de prueba, cuando nos sentimos abrumados por la situación del mundo, cuando vivimos nuestros peores días y cuando dudamos de la presencia de Dios, Él nos da una respuesta contundente en Jesucristo. Sí, **Dios está con nosotros** . Siempre lo estará. Y no solo está con nosotros, sino que también *desea* estar con nosotros y *que* lo conozcamos. Se comparte con nosotros, revelando su naturaleza misericordiosa, compasiva, llena de gracia y verdad.

Y el Espíritu Santo nos es dado para que continúe atrayéndonos a esta realidad, formándonos en la presencia de Dios y sosteniéndonos hasta el día en que el reino de Dios se establezca plenamente en esta tierra.

En ese tiempo, toda la humanidad podrá experimentar la plenitud de la presencia y el carácter de Dios. Hasta entonces,

baste con confiar en que **Dios nos acompaña** en cada paso del camino.

Hoy es nuestro último domingo en el libro del Éxodo. Durante estas nueve semanas, hemos acompañado a Israel desde la opresión de Egipto hasta el monte Sinaí y más allá. Hemos visto a Dios obrar en silencio, antes de que nadie pudiera verlo. Lo hemos visto descender para rescatar a su pueblo, revelar su nombre, darse a conocer, proveer el pan de cada día, formar un pueblo para sí mismo, soportar pacientemente sus fracasos y prometer su presencia para acompañarlos en cada paso del camino.

Una y otra vez, el Éxodo nos ha recordado que la historia nunca trata, en última instancia, sobre la fuerza de Israel, el liderazgo de Moisés o incluso la oposición del faraón. Trata sobre la fidelidad de Dios. Cuando su pueblo estaba atrapado, él les abrió un camino. Cuando lo olvidaron, él lo recordó.

Cuando murmuraron, él permaneció misericordioso. Cuando desobedecieron, él los perdonó. Cuando fallaron, él no los abandonó. A lo largo de cada capítulo, hemos descubierto al mismo Dios: un Dios que cumple sus promesas porque esa es su naturaleza.

Como hemos dicho a lo largo de esta serie, el Éxodo es, en última instancia, nuestra historia porque nos señala a Jesús. Jesús es nuestro Éxodo mayor. Él es quien descendió para rescatarnos de una esclavitud más profunda que la de Egipto, quien sufrió la muerte por nosotros, quien nos introdujo en una nueva alianza, quien nos formó en su reino y quien ahora nos

acompaña por medio de su Espíritu. El viaje de Israel nos recuerda que seguir a Dios es a menudo un camino por el desierto donde la fe se forja día a día. Sin embargo, el mismo Dios que guió a Israel no ha cambiado.

Él sigue rescatando. Él sigue revelándose. Él sigue formando pacientemente un pueblo que refleje su vida ante el mundo. Al dejar atrás el Éxodo y continuar nuestro propio camino, que podamos hacerlo con confianza, no porque siempre sepamos adónde vamos, sino porque conocemos a Aquel que nos acompaña. Gracias a Dios.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ● ¿Qué es lo que más te llama la atención de la valentía de Moisés ante Dios?
2. ● ¿En qué situación necesitas más la seguridad de que Dios está contigo?
3. ● ¿Cómo nos muestra Jesús tanto la presencia de Dios como el carácter de Dios?
4. ● ¿Cómo podría cambiar nuestra forma de ver a los demás el saber que “Dios está con nosotros”?

INICIO

Vivir el Reino: Una Preparación Basada en el Amor. La verdadera preparación para el reino de Dios no nace del temor o la especulación, sino de una transformación diaria guiada por el amor a Dios y al prójimo. Lejos de los ritos externos, el Evangelio de Mateo nos llama a una espera activa y fiel, donde participamos del reino hoy mismo con sabiduría e integridad. Al final, la prueba de nuestra fidelidad es la compasión en acción, ya que al servir al vulnerable, al hambriento o al extranjero, servimos a Cristo mismo, reflejando su amor con esperanza y humildad.

Salmo 90:1-6 , 13-17 • Deuteronomio 34:1-12 • 1 Tesalonicenses 2:1-8 • Mateo 22:34-46

El tema de este domingo es que **Jesús es el amor de Dios en forma humana**. El salmista invoca la bondad y fidelidad de Dios. En comparación con la gloria eterna del Creador, los humanos son débiles, imperfectos y efímeros. El salmista pide al Señor que les conceda su favor, para que el pueblo de Dios pueda regocijarse en lugar de solo lamentarse por sus aflicciones.

Deuteronomio narra la historia de los últimos días de Moisés. El Señor tiene una relación cercana y personal con Moisés. A través de Moisés, Dios cumple su promesa a Abraham, Isaac y Jacob, llevando a Israel a la tierra prometida. Pero al final, el Señor le muestra a Moisés la tierra prometida desde lejos. Permite que

Moisés muera sin haberla pisado jamás. Moisés es un gran profeta que realiza grandes hazañas. Pero ahora Josué lidera a Israel en su lugar. En el pasaje del Evangelio, los fariseos se acercan a Jesús. Le preguntan cuál era el mandamiento más importante de la Ley.

Jesús responde, citando las Escrituras. Dice que es amar al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. Dice que el segundo es amar al prójimo como a uno mismo. Entonces Jesús les pregunta de quién es hijo el Mesías. Ellos responden que es “el hijo de David”.

Jesús les muestra cómo David, en el Espíritu, llamó a Cristo (el Mesías o Ungido) Señor o *Adonai*. Luego David dijo que el Señor (*YHWH*) levantó a este Señor (*Adonai*) a su diestra. De esta manera, Jesús desafía sus creencias sobre quién es el Mesías: si David lo llama “Señor”, ¿cómo puede ser su “hijo”? En el pasaje del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo comparte su preocupación y amor por los creyentes de Tesalónica. Les recuerda cómo él y sus colaboradores compartieron el evangelio con ellos con sinceridad y humildad en medio de una gran oposición. Él y sus colaboradores hablaron y actuaron para agradar a Dios, no a los hombres. También compartieron amorosamente sus propias vidas.

Recordatorio: El anterior párrafo introductorio tiene como finalidad mostrar cómo se conectan las cuatro lecturas del RCL para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está destinado a incluirse en el sermón.

Jesús es el amor de Dios en forma humana.

Mateo 22:34–46 NVI

En cualquier lugar donde vivamos, existen normas y leyes que limitan, guían o facilitan nuestras acciones y comportamiento. A menudo, ni siquiera nos damos cuenta de cuántas normas y leyes nos afectan. Simplemente nos topamos con ellas y descubrimos que tenemos un problema.

Un ejemplo de cuántas leyes pueden aplicarse a nosotros simplemente por el lugar donde vivimos es *el Código Civil de California*. *Contiene 3710 secciones únicas, cada una con decenas de estatutos. Estos abordan los derechos y obligaciones de los ciudadanos estadounidenses en el estado de California. Y eso es solo el código estatal. Cada ciudad y condado tiene su propia lista de leyes que regulan a sus ciudadanos. [Puedes utilizar información similar relacionada con tu propia ubicación y contexto.]*

En comparación con las 3710 leyes, los escritos de Moisés (los libros bíblicos del Génesis al Deuteronomio) contienen solo 613 mandamientos. De estos, 248 son mandamientos positivos que indican lo que una persona debe hacer, y 365 son mandamientos negativos que indican lo que una persona no debe hacer. Es evidente que se requiere mucha atención para asegurar el cumplimiento de cada mandamiento.

En tiempos de Jesús, los escribas o expertos legales debatían sobre cuáles de las leyes mosaicas (leyes de Moisés) eran las más importantes. Algunas se consideraban menos importantes o de menor trascendencia. Otras se consideraban muy importantes, con graves consecuencias.



Algunos escribas creían que la ley sobre los flecos de las prendas era la más importante. Otros estaban seguros de que no lavar correctamente la ropa era un crimen castigado con la muerte. En el fondo de estos debates subyacía una pregunta: ¿Cómo determinamos qué leyes mosaicas son las más importantes? En el pasaje de hoy, un abogado o escriba le hace esta pregunta a Jesús. Al escriba no le interesa realmente la respuesta de Jesús, sino que busca tenderle una trampa para que diga algo que permita a las autoridades arrestarlo.

Pero Jesús tiene algo más importante en mente. Leamos el pasaje de hoy:

El mandamiento más importante

34 Los fariseos se reunieron al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos. 35 Uno de ellos, experto en la Ley, le tendió una trampa con esta pregunta:

36 —Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la Ley?

37 —“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” —respondió Jesús—. 38 Este es el primero y el más importante de los mandamientos. 39 El segundo se

parece a este: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. 40 De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.

41 Mientras estaban reunidos los fariseos, Jesús preguntó:

42 —¿Qué piensan ustedes acerca del Cristo? ¿De quién es descendiente?

—De David —respondieron ellos.

Jesús les dijo:

43 —Entonces, ¿cómo es que David, hablando por el Espíritu, lo llama “Señor”? Él afirma:

44 »“Dijo el Señor a mi Señor:

‘Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies’”.

45 Si David lo llama “Señor”, ¿cómo puede entonces ser su descendiente?».

46 Nadie pudo responderle ni una sola palabra y desde ese día ninguno se atrevía a hacerle más preguntas.

[Mateo 22:34–46](#)

Observen cómo Jesús cambia por completo el rumbo de la conversación. No se centra en leyes específicas ni en criterios para determinar cuál es la más importante. En cambio, resume la Ley y los Profetas (todo el Antiguo Testamento). Y afirma que este resumen está directamente relacionado con su propia identidad. Él es la expresión plena del amor de Dios. **Jesús es el amor de Dios encarnado.**

Prioridades mal encaminadas

La ley dada a la antigua nación de Israel, la ley mosaica, describía cómo era vivir en una relación de amor y alianza con su Dios. Esta alianza fue establecida por Dios con Israel al liberar al pueblo de la esclavitud en Egipto.

Durante los últimos meses, nuestros sermones se han centrado en la nación de Israel. Dios los condujo a través del Mar Rojo hasta el Monte Sinaí. Allí los invitó a establecer una alianza. Él los protegería y proveería para ellos. Ellos responderían con gratitud, adoración y obediencia fiel. Los invitó a hacer esta alianza con él, la cual fue reafirmada mediante el sacrificio.

Dios proveyó a Israel un medio para vivir en relación de pacto con él, a pesar de ser seres humanos imperfectos. Les dio su ley. Hace tres domingos hablamos de que Dios les dio a los israelitas los Diez Mandamientos, que son una parte fundamental de la Ley de Moisés. Los israelitas habían vivido durante generaciones como una comunidad esclavizada. Ahora debían aprender a vivir como el pueblo sacerdotal de Dios. Los Diez Mandamientos fueron dados como una manera para que Dios comenzara a establecer su Reino.

Parte de esta ley tenía como objetivo el orden civil, estableciendo normas para que vivieran como nación bajo el gobierno de Dios. Otra parte se refería a la forma en que adoraban a Dios. Otra más trataba sobre cómo debían manejar su vida personal. Estas leyes describían cómo debían vivir en una relación correcta con Dios y entre sí.

Con el tiempo, Dios fue fortaleciendo su relación con Israel. Los cuidó mientras vagaban por el desierto. Les proveyó pan del cielo (maná) y agua de las rocas. Los protegió y los condujo al otro lado del río Jordán, a la tierra que les había prometido. Allí, Dios les permitió expulsar a las demás naciones impías y se establecieron en la tierra prometida.

Construyeron ciudades, cultivaron la tierra y, con el tiempo, eligieron reyes para que gobernaran en nombre de Dios. Uno de los reyes más importantes de Israel fue David. Él amaba a Dios, y Dios prometió que sus descendientes seguirían reinando sobre la nación.

Lamentablemente, el antiguo Israel no cumplió su parte del pacto con Dios. Sus reyes a menudo los desviaron del camino correcto. Los israelitas solían adorar a los dioses de otras naciones. Adoptaron comportamientos propios de las naciones vecinas, incluyendo prácticas como el sacrificio de niños. No se trataban con respeto ni bondad. Descuidaban a los pobres y necesitados. Y no obedecían las leyes que se les habían dado. Fueron infieles a Dios.

El antiguo Israel y su nación hermana, Judá, a menudo se distanciaron de Dios debido a su desobediencia. Invasiones, opresión, hambruna y enfermedades fueron las consecuencias de vivir por su cuenta, alejados de Dios. No vivir en amor con Dios ni entre sí trajo consigo dolorosas consecuencias.

Al final, Dios permitió que su pueblo fuera exiliado de la tierra que les había dado. Las tribus del norte, Israel, fueron

conquistadas por Asiria y enviadas a otras tierras. Las tribus del sur, Judá, fueron llevadas cautivas por la nación de Babilonia. Finalmente, el rey Ciro, un monarca persa, permitió que algunos israelitas regresaran y reconstruyeran su templo. Sin embargo, con el tiempo, el antiguo pueblo de Israel, también conocido como los judíos, vivió bajo el opresivo dominio del gobierno romano.

Debido a esta historia, el pueblo judío de la época de Jesús anhelaba un Mesías (un salvador enviado por Dios) que los liberara de la opresión romana. Entre el siglo I a. C. y el siglo I d. C., hubo más de una docena de aspirantes a libertadores. Deseaban que su pueblo recuperara su antigua gloria. De hecho, anhelaban que alcanzara una gloria aún mayor, gobernando sobre todas las naciones. Esto era lo que la población creía que estaba predicho en sus escrituras (el Antiguo Testamento). Lamentablemente, los líderes judíos de la época de Jesús se centraron en los detalles de la ley mosaica y en cómo debía cumplirse o no. Creían que cumplir la ley a la perfección aceleraría la restauración de este Reino.

No entendieron en absoluto el sentido de esta ley.

La clave reside en el amor: una vida con Dios que se manifiesta en amor mutuo. Los líderes no comprendieron este aspecto fundamental al tratar la ley como un sistema de mandamientos jerarquizados, en lugar de como un don que los guiaba hacia el amor fiel de Dios.

Estos líderes judíos no comprendían que no podían amar a Dios ni al prójimo por sus propias fuerzas. Necesitaban un Salvador

que los guiara a la relación con Dios que ellos mismos no podían forjar.

Jesús es el amor de Dios encarnado, y está ahí para rescatarlos del mal, el pecado y la muerte. Él es su Salvador, pero ellos no lo reconocen.

La ley de Dios es amor.

Jesús responde a la pregunta del escriba. Primero, dice, debemos amar al Señor con todo nuestro ser. Segundo, debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Afirma que estos dos mandamientos son la base de la Ley y los Profetas. Lo hace citando primero **Deuteronomio 6:5** : «**5 Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.**». Luego cita **Levítico 19:18** : «**18 »No seas vengativo con tu prójimo ni le guardes rencor. Ama a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.**». Jesús, como la Palabra y el Dios del Antiguo Testamento, inspiró estos versículos y es el único que puede comentarlos con propiedad.

Jesús dirige su atención al propósito de la ley. La ley describe cómo debemos vivir en una relación correcta con Dios, con nuestro prójimo y con nosotros mismos. Debemos amar a Dios y amarnos los unos a los otros como a nosotros mismos.

“¿Quién soy yo?”

Entonces Jesús dirige su atención hacia sí mismo. Cuestiona sus ideas preconcebidas sobre quién es. Les hace una pregunta directa: "¿Qué piensan del Cristo? ¿De quién es hijo?".

Estos antiguos judíos habían esperado durante mucho tiempo al Cristo o Mesías. El Mesías era el Ungido, el elegido por Dios para rescatarlos de sus opresores romanos y para devolverle la gloria a su nación judía.

Cuando estos antiguos judíos leyeron las Escrituras, vieron a un rey humano. Este rey era descendiente del rey David. Él los liberaría y reinaría sobre ellos para siempre en paz y prosperidad. El rey David había sido un rey poderoso y próspero, a quien Dios describió como un hombre conforme a su corazón. Sin embargo, este hombre, Jesús, no se parece en nada al rey David; ¿cómo podría ser el Mesías?

Jesús cita sus escrituras. Según las Escrituras, el Ungido sería hijo de David. Pero ¿cómo podía el hijo de David ser también su Señor? Y aún más asombroso: su Dios lo llamaba Señor, lo que convierte al Mesías en Dios. ¿Cómo puede un descendiente humano de David ser también Dios? Jesús les plantea una pregunta que no pueden responder. Si aceptan, niegan todo en lo que creen.

El problema es que su verdadero Mesías, Jesucristo, está justo delante de ellos. No lo reconocen. Lo rechazan por considerarlo un impostor y un demonio.

No comprenden que Jesús es Dios encarnado, viviendo la verdad de lo que significa ser humano, obteniendo para ellos una gloria eterna y liberándolos del pecado, el mal y la muerte. Estos líderes judíos solo ven que Jesús es un ser humano. Es un ser humano que no actúa ni habla como ellos creen que debería. No cumple la Ley como ellos creen que debería.

No comprenden quién es realmente Jesús. No ven que Jesús es el Hijo de Dios, que vive la Ley a la perfección en su humanidad. Y que está formando en la humanidad la capacidad de vivir en una relación correcta con Dios y con los demás.

El amor de Dios forjado en los corazones humanos

Jesús ama a su Padre celestial en el Espíritu y ama a cada ser humano. Pronto expresará ese amor por toda la humanidad entregando su vida. Finalmente, se dejará crucificar y morir para que todos vivan para siempre. Entregará su vida para que cada ser humano pueda participar de su propia relación con su Padre celestial en el Espíritu.

Jesús es la expresión plena del amor de Dios. Juan escribe sobre esto cuando dice:

16 »Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. 17 Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él. Juan 3:16-17

El amor de nuestro Padre celestial se manifiesta en Jesucristo. En Jesús, Dios entra en la oscuridad de nuestra incapacidad para vivir en una relación correcta con Él y con los demás. El Hijo de Dios asume una existencia verdaderamente humana y vive como uno de nosotros.

Jesús es el amor de Dios encarnado. Lleno del Espíritu Santo, vive cada instante en perfecta comunión con Dios y con la humanidad. Aunque sin pecado, comparte nuestro sufrimiento y muere en la cruz como un esclavo y un ladrón.

Jesús muere, es sepultado, resucita y asciende al Padre, llevando nuestra humanidad a la presencia de Dios. Ahora nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y el Espíritu nos capacita para participar del amor de Jesús por el Padre y por los demás.

Una verdadera expresión del amor de Dios.

El apóstol Juan nos recuerda que es imposible odiar a las personas y amar a Dios al mismo tiempo ([1 Juan 2:9 , 11 ; 3:15 ; 4:20](#)). Cuando odiamos a las personas, negamos al Dios que vino a nosotros en Jesús, quien entregó su vida por nosotros en la cruz.

El apóstol Pablo dice que «Dios demuestra su amor por nosotros en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» ([Romanos 5:8](#)). **Jesús es el amor de Dios hecho hombre.** Jesús amó a quienes lo odiaban; ¿cómo podríamos odiar a alguien?

La buena noticia es que Dios nos amó primero. En Jesús, Dios viene a nosotros, nos encuentra en nuestra oscuridad y nos lleva a la luz de su amor. Nos da su Espíritu para que Cristo viva en nosotros y a través de nosotros, capacitándonos para amar a Dios y amar a los demás.

Vivir en el amor

Es mucho más rico y profundo que simplemente decir: «Jesús nos amó; por lo tanto, debemos amar a los demás». Jesús está creando un nuevo tipo de humanidad, y la Iglesia está llamada a ser una expresión visible de esa nueva humanidad.

Jesús no solo salva a individuos aislados, sino que los reúne en una nueva familia. Una congregación transformada por Jesús aprende a verse unos a otros de manera diferente.

Le pertenecemos a él y, por lo tanto, nos pertenecemos los unos a los otros.

Por medio del Espíritu Santo, la Iglesia, Cuerpo de Cristo, se convierte en una expresión visible del amor de Dios en el mundo. El Espíritu nos une en una comunidad de fe, esperanza y amor. Jesús vive en y a través de su Iglesia, congregando a los creyentes para que compartan su amor con los demás.

En Jesús vemos que el amor significa cuidar de los pobres, los necesitados, los marginados, las viudas, los huérfanos, los enfermos y los oprimidos. Vivir como Jesús vivió es practicar la justicia, la misericordia, la humildad, la fidelidad, la pureza y la generosidad: la forma en que fuimos creados para vivir como seres humanos auténticos.

Cuando la Iglesia vive de esta manera, se convierte en un signo del reino de Dios. Quienes nunca han conocido a Cristo comienzan a ver cómo se manifiesta su amor en las relaciones humanas.

El Padre atrae al mundo hacia sí mismo a través del Hijo y en el poder del Espíritu. Invita a la Iglesia a participar en esa misión encarnando el amor que hemos recibido.

Gracias a Jesús, podemos amar a Dios y a los demás como fuimos creados para amar. En Cristo, por medio del Espíritu, somos hechos verdaderamente humanos. Y como su Cuerpo, la

Iglesia, nos convertimos en una comunidad de fe, esperanza y amor en un mundo que lo necesita desesperadamente.

Gracias a Dios: **Jesús es el amor de Dios en forma humana** .

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ● ¿Por qué crees que las personas, como los líderes religiosos de la época de Jesús, pueden llegar a centrarse más en las reglas que en el amor?
2. ● El sermón dice: «Jesús es el amor de Dios en forma humana». ¿Qué aprendemos sobre el carácter de Dios al observar a Jesús?
3. ● ¿Por qué les resultó difícil a los fariseos y escribas reconocer a Jesús como el Mesías? ¿Existen maneras en que hoy en día no logramos ver quién es Jesús?
4. ● No podemos amar a Dios ni a los demás por nuestras propias fuerzas, sino que Cristo nos capacita para participar de su amor mediante el Espíritu. ¿Cómo has experimentado el amor de Dios ayudándote a amar a los demás?

INICIO

